

Ricardo San Juan (1908-1969)

por

Sixto Ríos

Excmo. Sr. :

Los que veíamos una y otra vez la luz encendida en la terraza de Ricardo San Juan a altas horas de la madrugada, sabíamos como quemaba, en aras de la investigación matemática, las últimas reservas de su cerebro febril y temíamos el desenlace fatal, que tuvo lugar en la noche del 30 de julio de 1969, en que el querido amigo y compañero inolvidable, falleció confortado por los auxilios espirituales de la religión católica.

Nacido en Valencia en 1908, de una familia de clase media acomodada, pasó toda su infancia y adolescencia en Toledo, ciudad en que su padre era secretario del Ayuntamiento, y que más tarde, en el zénit de su fama de matemático, le nombraría hijo predilecto.

En Toledo estudió el Bachillerato, y al parecer resultaba un alumno un poco extraño a sus compañeros, a juzgar por lo que hemos podido leer en algún artículo de una de sus admiradoras, muy ajena por entonces a suponer que aquel chico llegaría a ser un gran matemático español de talla internacional.

Postura la de sus compañeros de curso análoga a la que tenían los profesores del Instituto de Segunda Enseñanza de Toledo respecto del más raro y genial de sus colegas, el matemático, lingüista, arqueólogo y naturalista don Ventura Reyes Prósper, primer maestro de Matemáticas de Ricardo San Juan. No hace falta gran esfuerzo de imaginación para comprender cuan singular resultaría la amistad científica de un profesor y un alumno, cuando el primero, investigador concienzudo en diversos campos del saber, con publicaciones que hubieran llenado de orgullo a cualquier catedrático de la Universidad

Central, se movía en el clima de uno de tantos claustros anodinos, típico de un Centro de Enseñanza Media de los años veinte, sumergido en el ambiente enrarecido de una capital de provincia con su horizonte cultural limitado y su interés centrado en el mundillo de las tertulias de café y los sucesos locales.

Con frecuencia preguntamos a nuestros mejores alumnos de cada curso por el profesor de Matemáticas que han tenido en el Bachillerato, y casi siempre hemos podido comprobar su influencia decisiva en la vocación del alumno y en su formación matemática posterior. Y por esto no nos resulta extraño que la semilla de don Ventura, con su poderosa personalidad científica, contribuyese a que Ricardo San Juan se decidiera por el estudio de la Matemática y viniese a la Universidad de Madrid al terminar su Bachillerato, sin pasar por el período de preparación para ingresar en una Escuela Técnica, que, en aquella época, a muchos buenos cerebros deprimió y deformó para el resto de su vida.

El año 28 comencé yo mi carrera de Ciencias Exactas y, orientado por mi maestro Puig Adam, empecé a frecuentar en las tardes la Biblioteca del Seminario Matemático de la calle de Santa Teresa, en que eran astros de primera magnitud Alvarez Ude, Plans, Terradas y Rey Pastor. Allí encontré por primera vez a Ricardo San Juan, entonces recién Licenciado y ya preocupado con el tema de su tesis doctoral. El supo con su habilidad y dotes psicológicas, su simpatía natural, sus anécdotas y chistes ingeniosos, vencer mi fuerte timidez y acortar la distancia de edad cronológica y científica que nos separaba (él profesor Auxiliar, yo alumno de primer curso), e iniciar y fomentar una amistad cordial y duradera, con los naturales altos y bajos en el curso del tiempo.

Casi de la misma época son las amistades profundas que, por un proceso similar, hizo con mis compañeros de curso, Antonio Flores, Santaló, Balanzat, con los que formó un grupo para pasar tranquilamente los domingos en la Sierra. Nuestro lugar preferido fue el sedante ambiente del Escorial de los años 30, en que cada domingo discutíamos de todo menos de Matemáticas, mientras dábamos largos paseos por las laderas serranas acopiando salud y oxígeno para la semana siguiente. Aún recuerdo la excursión a pie a El Escorial, que organizó Flores, y en que San Juan se reservó el papel protector de llevar las meriendas en el tren para evitarnos peso, lo que nos obligó a comer a las siete de la tarde, a causa de un cálculo excesivamente optimista de nuestra capacidad de andarines.

Puede decirse que todo este grupo mantuvo una perfecta amistad a través de los años, a pesar de las difíciles circunstancias por que pasamos unos y otros durante la guerra civil. Por curiosa paradoja, nunca tuvo San Juan oportunidad de estar en un tribunal que juzgara a algunos de nosotros; pero, en cambio yo tuve la satisfacción de apoyar sus altos merecimientos en varias ocasiones y especialmente en la concesión de la «Ayuda Juan March», el «Premio Franco» y el «Premio Rey Pastor».

Para nosotros fue valiosísima en los años juveniles esta amistad con San Juan, por su ejemplo de espíritu fuerte, de constancia en el trabajo, de desprecio a opiniones casi unánimes y estables de nuestra sociedad, más favorables a que los muchachos hagan una carrera económica y socialmente brillante, que hacerles seguir la trayectoria difícil del investigador. Esta amistad de tantos años es la que ahora, en ausencia de otros queridos compañeros, me concede el triste privilegio de leer estas notas biográficas, aunque estoy seguro de que una perspectiva más lejana en el tiempo y en la amistad habría dado lugar a una biografía menos imperfecta.

Utilizaremos las tres fuentes que Laín señala como las más apropiadas para reconstruir una vida humana, a saber: «los documentos en que cobraron objetividad visible o legible los eventos de esa vida, lo que de ella relataron sus testigos, y lo que de sí mismo, contemplándose o recordándose quiso decir su autor». En cuanto a la segunda fuente tiene en esta ocasión, un carácter muy personal y subjetivo, por lo que pido desde ahora perdón por los posibles errores, procedentes, sin duda, de una falta de comprensión de mi parte, quizá por tener en algunas cuestiones una postura vital diferente de la de San Juan.

En 1924 llega San Juan a Madrid y encuentra en la Facultad de Ciencias a un grupo de profesores que pronto le estiman y estimulan. Tengo la impresión de que él admiraba especialmente a Alvarez Ude, que causó singular impacto sobre San Juan con sus calidades humanas, su ironía fina, sus lecciones escuetas y rigurosas y su diálogo de ejemplos y contraejemplos con el alumno, que don José esgrimía con especial habilidad, y que tan educativo era sobre todo para los alumnos inteligentes. Más tarde, éste sería el punto de partida del sistema de enseñanza de San Juan, que llevaba tan dentro la postura del matemático investigador, que intencionadamente iba a las clases sin una preparación inmediata anterior. Ello le permitía discurrir frente a los alumnos, proponer nuevos teoremas so-

bre la marcha, mejorar otros, rectificarlos, etc. Esto daba a la clases, muchas veces, una cierta impresión de desorden, pero a pesar de todo, era magnífico para los alumnos buenos, que comprendían así, como el Análisis Matemático, aún a su nivel elemental, no era un conjunto de teoremas terminados y en fiambre, sino algo vivo y capaz de mejorar. No constituía para él la enseñanza un medio para facilitar el aprendizaje de las lecciones de un texto, para lo cual lo mejor es un profesor repetidor ordenadito, sino un propósito de hacer comprender a los alumnos que, en cualquier momento, el matemático debe estar con la mente alerta para descubrir nuevos problemas y resolverlos. Sin duda para muchos alumnos flojos de la Licenciatura, sus clases carecieron de eficacia y poca ayuda sacaron de ellas, pero su tesis, que compartimos, era ésta: los mediocres no deben ir a la Universidad, debían ser conducidos a otros estudios más adecuados a su superficial inteligencia. En cambio, en los cursos de Doctorado, su método de exposición, o mejor, de génesis y discusión de las ideas, cobraba toda su fuerza y eficacia y era todo un espectáculo verle enfrentarse con los problemas en la pizarra y discurrir en voz alta con seguridad y agilidad.

No olvidemos que precisamente con la organización actual universitaria un alto porcentaje de los alumnos de cada curso pertenecen desgraciadamente al tipo medianía, y son éstos justamente los que con más énfasis y suficiencia se permiten juzgar a los profesores, quizá como autodefensa. De ahí que podamos sacar esta conclusión aparentemente paradójica y pesimista: cuanto más excepcional es un profesor, peor hablan de él la mayoría de los alumnos. Es probable que si un profesor se propone que los alumnos hablen bien de él, lo consiga, pero puede ser a costa de sacrificar mucho de su opinión y postura personal sobre lo que debe y cómo se debe enseñar. Y este falseamiento de sus opiniones en bien de una popularidad como profesor, es lo que nunca hizo San Juan.

El sistema que aún perdura en la sufrida Universidad de Madrid y en otras españolas, pero no en la llamada Autónoma, de obligar a los profesores a dar clase a 200 y más alumnos, con los que muchas veces hay que gastar las energías reunidas de un tenor y un sargento, debe considerarse como una de las causas más fuertes del escaso rendimiento obtenido por algunos alumnos, y del mal interpretado fracaso de algunos profesores magníficos.

Pero sin duda, el maestro que más influyó en su trayectoria matemática a partir del Doctorado fue don Julio Rey Pastor, que le

consideró siempre su discípulo predilecto. Don Julio le propuso como tema para tesis doctoral la sumación de series potenciales de radio nulo y su prolongación simianalítica, y ya en éste su primer trabajo de investigación logró un avance decisivo en opinión de Rey, pues «mediante una ingeniosa generalización del algoritmo de Stieltjes, resolvió el problema propuesto». Puede decirse, sin grave temor a ser rectificado, que el resto de su vida científica, cerca de cuarenta años, fue consagrada día a día a este problema de las funciones definidas por series divergentes, enfocado desde originales puntos de vista, y algunos otros problemas con él relacionados.

En más de una ocasión se nos ha contado a los profesores, no sin malicia, la historia de Newton en estos breves rasgos: durante cuatro años, después de salir graduado del College, explicó el papel de los cometas en el sistema solar, inventó el telescopio, formuló el teorema del binomio, fundó la moderna espectroscopía, desarrolló el cálculo diferencial y descubrió la ley de gravitación universal. A la edad de veintisiete años aceptó un puesto de profesor en el que permaneció durante cincuenta y ocho años, en los que puede decirse que sólo hizo pequeñas contribuciones científicas. San Juan, que conocía esta historia, se propuso no ser un profesor más de «exclusiva dedicación», como ahora se dice, recargado de clases elementales que, si se quieren dar dignamente, anulan prácticamente el resto de la actividad investigadora. Toda actividad creadora requiere largas horas de meditación en que sólo al cabo de meses o años se obtendrá la destilación cerebral de algunas gotitas dignas de ser guardadas para la posterioridad.

San Juan que recordaba frecuentemente la frase de Goethe «el que puede crea, el que no, enseña», comprendió que cumplía mejor sus deberes con la Universidad y la juventud española volcándose en la labor de investigación propia y de preparación de temas de trabajo para sus discípulos. Sus vecinos de la Residencia de Profesores pudimos verle más de una vez discutiendo problemas de matemáticas con sus alumnos hasta el alba. Tal era su interpretación personal de la «plena dedicación». Y ahí están en prueba de ello 21 problemas propuestos, que dejó entre sus papeles póstumos, como temas con categoría suficiente para ser objeto de investigación para otras tantas tesis doctorales.

Su postura sobre la necesidad de una entrega total al trabajo y a centrarse sobre un problema concreto para poder hacer algo de va-

lor en matemática, está bien reflejada en este brillante párrafo de su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias:

«A las inspiraciones juveniles ha de seguir el reposado y tenaz trabajo de la madurez. El mismo Gauss, según confesión propia, empleó unos cincuenta años en desarrollar las inspiraciones que tuvo antes de los veintiuno. Parece ser que Einstein trató durante toda su vida de perfeccionar con su teoría del campo único sus profundos descubrimientos hechos antes de los veintiséis. Pero no se puede tomar como norma lo que ha sucedido a los genios. Solamente a lo sumo recordar que incluso a los mejores matemáticos les costaron grandes esfuerzos demostrar sus teoremas, y que por tanto sin una gran tenacidad, verdaderamente obsesiva, no debe esperarse alcanzar nada que merezca la pena de ser publicado. Pretender cosechar grandes frutos con pequeño esfuerzo, saltando de una teoría a otra recién inventada, es como querer enriquecerse jugando a las rifas.»

Buena lección para muchos jóvenes actuales que frecuentemente parece que quisieran trasladar la aceleración que observan en las imágenes y en los movimientos de la Televisión al trabajo de formación científica.

Parece como si San Juan, ya en su adolescencia, hubiera tomado la decisión de llegar a ser un célebre matemático y hubiera subordinado toda su vida y actividad al logro del nada fácil objetivo. Con una personalidad humana rica en valores y gracias en su primera juventud, fue secándose de cuerpo y de espíritu a través de los años, sin duda por su esfuerzo para conseguir esa difícil meta de la celebridad, que le costó la salud y la vida a una edad en que normalmente aún puede dar mucho un profesor e incluso un investigador.

Desde que llegó a Madrid vivía con su madre, señora extraordinariamente inteligente y virtuosa, de gran parecido físico con su hijo, al que procuró atenciones y cuidados que no le hicieron sentir oportunamente la necesidad de crear un hogar.

A su vez, Ricardo se consideraba feliz cuidando y queriendo a su madre con la misma sencillez y veneración que un niño de diez años.

Sus escauceos sentimentales, simples travesuras juveniles, parece que nunca fueron suficientemente profundos ni duraderos para alterar este cuadro de ortodoxia filial. Era notoria su dificultad para tomar decisiones, aún en las cuestiones de tipo humano más sencillas, a las que daba vueltas y más vueltas buscando todas las variables posibles y sus causas y efectos, como si fueran problemas de Matemática pura. Ello explica, a mi juicio, que no se atreviera

tampoco, al faltarle su madre, a cambiar el rumbo de su vida de celibato. Cuando a veces le preguntaban por qué dedicaba tantas horas al trabajo matemático, decía que con su deficiente salud no podía hacer otra cosa. Recordaba entonces con nostalgia, los años de su juventud, aparentemente bohemia, en que gastaba algunas horas en los salones mundanos, lo que justificaba diciendo que era para descansar en este ocio, a fin de más tarde trabajar con mayor rendimiento. Creo que era sincero, al explicar así la subordinación de toda su actividad al logro de un mayor rendimiento en su dedicación a la investigación matemática.

En alguna ocasión le sugerí que tradujera sus experiencias del juego del póker, que era uno de sus hobbies, en un estudio matemático. Nunca se hizo eco de esta indicación, o al menos no supe que lo hiciera. Quizá le influyó negativamente la perspectiva de comenzar por leer las 700 páginas del Tratado de Von Neumann, aunque lo más probable es que no quisiera mezclar dos actividades para él esencialmente separadas: la de trabajo y la de ocio. Prefería no tomar demasiado en serio los problemas del juego y que le sirvieran únicamente sus dificultades como ese mínimo de ejercicio lógico que proporcionaría el mejor descanso a su mente en los períodos de fatiga. Otro tanto podría decirse de su afición a la lectura de novelas, especialmente policíacas y psicológicas.

A medida que declinaba su salud, se acentuaba su actitud defensiva con las obligaciones de la vida social. Para evitar que unos amigos u otros se molestaran, decidió no asistir nunca a una comida, a un homenaje o a una reunión. Sin embargo, siguió teniendo gusto en hablar con la gente. Se instaló un teléfono y un brasero eléctrico en la terraza, y desde allí entablaba grandes conversaciones y mantenía amistades hasta los últimos días de su vida.

Pero volvamos al hilo de sus trabajos matemáticos, que podrían clasificarse en siete grupos:

1) Unas treinta memorias sobre teoría general de series divergentes asintóticas y funciones cuasianalíticas, que constituyen su aportación más importante, y varias de ellas publicadas en Revistas internacionales de la categoría de «Acta Mathematica». Sus resultados son citados y varios teoremas reproducidos en libros y memorias de Mandelbrojt, Bang, Carleman, Aczel, Doetsch, etc.

Varios trabajos de interés dejó pendientes de ultimar, y esperamos

que puedan ser terminados en plazo breve por alguno de sus colaboradores y discípulos.

En la imposibilidad de hacer siquiera un resumen detallado de los mismos, reproduzcamos algunos párrafos del discurso de Rey Pastor en la ocasión memorable del ingreso de Ricardo San Juan en la Real Academia de Ciencias:

«Pero la cosecha más abundante la obtuvo cuando vio que esta creación de una función partiendo de una serie de coeficientes cualesquiera, es decir, la conversión de un algoritmo formal en algo tan visible y tangible como es una función, aunque sea en el campo complejo (que también es real, pero bidimensional), tiene su raigambre en la teoría de la convergencia asintótica de Poincaré, modificada por Watson.

»Calladamente, modestamente, casi clandestinamente, fue ganando altura en la teoría de las funciones cuasianalíticas, y en pocos años el águila se remontó hasta perderse de vista. Nadie reconocería el parentesco entre las funciones semianalíticas que introduje hace treinta años en el Congreso de Bolonia para designar a las que están determinadas por sus derivadas angulares en un punto, y las clases que él llama *semianalíticas*, con significación precisa y mucho más compleja. Tan compleja y erizada de tecnicismos, que explicarlo aquí sería crueldad intolerable, no sólo para el público que ingenuamente nos ha honrado con su asistencia, sabedor del nivel medio que suelen alcanzar estas solemnidades, sino también para los profesionales no especializados en tales problemas. Quien se interese por ellos podrá satisfacer su curiosidad en el Apéndice de este discurso, donde explico sus repetidos análisis del intrincado problema, hasta descubrir la imposibilidad de llegar a la ansiada solución de máxima generalidad, por veinte años perseguida.

»Como compensación halagüeña, consiguió demostrar la necesidad de la condición de Watson; y expondré también en este capítulo adjunto otras producciones de San Juan, que lejos de indicar inconstancia o versatilidad, como es frecuente en muchos investigadores, confirman la incorruptible fidelidad de este enamorado a su musa de la divergencia. Es media vida consagrada a un problema central y a los problemas adventicios relacionados con él, que se le han ido enzarzando en su camino, en ese camino recto que se trazó hace seis lustros, y de cuya elección entre infinitos y otros posibles, no me declaro inocente.

»Desde que se consagró al problema de Watson lo admiré, pero ya no le seguí; celebré sus éxitos, pero dejé de interesarme directamente en sus problemas; y ésto por razones estéticas. Hermosa cúpula del Análisis moderno es sin duda la teoría de las funciones cuasianalíticas; pero tal como ha sido edificada por Carleman, estará siempre afeada por ese andamiaje de cotas y recintos inseparables de la construcción, que ocultan la intrínseca armonía de sus conceptos. Después del reciente esclarecimiento sobre la imposibilidad, que no permite hacerse grandes ilusiones, me atraerá menos aún el problema; pero de lejos seguiré admirando a este caballero del ideal, callado y solitario, que prosigue imperturbable su camino rectilíneo, dejando de lado las actividades infecundas con que otros llenan sus vidas y desoyendo las mil incitaciones de un ambiente adverso.»

2) Una docena de trabajos sobre series integrales impropias y teoría de funciones analíticas, que son soluciones a problemas que, en general, le surgieron en sus investigaciones básicas sobre las funciones cuasianalíticas.

3) Una decena de trabajos sobre la integral de Laplace. su caracterización como operador funcional, prolongación analítica, etcétera. Se ocupa en ellos especialmente del problema de representación, a saber, obtener condiciones necesarias y suficientes para que una función sea representable por una integral de Laplace simplemente convergente. La memoria final, en que resolvió tal problema, publicada en «Mathematische Nachrichten» (1954), mereció los más cálidos elogios de Doetsch.

También en este campo, se ocupó de la caracterización de la transformación de Laplace como funcional lineal en el espacio L^p , mediante la regla de composición, convolución o «Faltung», que viene a probar que la transformación de Laplace es la única apta para la interpretación de los fenómenos físicos de la electrotécnica tratables mediante el llamado cálculo operacional.

4) Tres trabajos sobre el método de Gräffe de resolución numérica de ecuaciones algebraicas, en que consigue una solución más rápida y sencilla que la de Ostrowski, son reproducidos en sus líneas esenciales en los libros de Algebra de Rey Pastor y más extensamente en los del conocido matemático portugués Vicente Gonçalves.

5) Su postura respecto de la Matemática aplicada está clara cuando en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, dice:

«Frente al matemático de tipo técnico que, ceñido dócilmente a una técnica bien aprendida, resuelve los problemas abordables con ésta, frente a este tipo útil, pero de inferior calidad, está el matemático naturalista, si el equivoco cabe, que se enfrenta sin prejuicios con el problema y, observando el fenómeno matemático como un experimentador que interroga a la naturaleza, aplica o crea, cuando aún no existe, el artificio técnico adecuado a su resolución. Es el caso de Newton, que inventa el Cálculo Infinitesimal para aplicar sus leyes universales y fundar la Mecánica Celeste; el de Einstein, que acopla y perfecciona el Cálculo diferencial absoluto (creado por Ricci y Levi Civita) para formular sus conceptos de la Relatividad; el de Descartes, Fourier y Lagrange con sus métodos analíticos; el de Laplace al iniciar el Cálculo de Probabilidades; los de Hilbert y Poincaré en todo el curso de sus colosales creaciones.»

En más de una ocasión actúa San Juan como matemático naturalista, según su expresión, o como matemático en el sentido pleno de la palabra, diríamos nosotros.

Sus trabajos en estos campos de lo que suele llamarse Matemática aplicada, son también de calidad, y sentimos discrepar del maestro Rey Pastor, cuando al analizarlos en su contestación al discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, señala que los hizo «por probar la enorme diferencia de dificultades entre los duros problemas de la Matemática pura clásica y las sencillas aplicaciones». Problemas fáciles y difíciles hay tanto en la matemática más distante de la realidad concreta, como en la que se ocupa más directamente de la modelación y el estudio efectivo de los fenómenos de la Física, la Biología o la Economía. Lo que es necesario es un distinto tipo de intuición en el matemático que trabaja en uno u otro campo.

San Juan demostró que reunía ambas aptitudes cumplidamente, con su trabajo de la Teoría de magnitudes físicas, altamente elogiado y profusamente utilizado y citado por don Julio Palacios en su libro de Análisis funcional, con su trabajo sobre aplicación de la regla de las fases en Termodinámica, sobre mecánica de fluidos, sobre programación lineal, etc.

6) Unos cuantos ingeniosos trabajos sobre Matemática elemental y otras memorias expositivas, algunas verdaderamente notables y con interesantes y discutibles opiniones personales, como la leída con ocasión de su ingreso en la Real Academia de Ciencias en 1956.

7) Un libro de texto de Análisis matemático, que él no tenía en gran aprecio, pero que constituye una estimable obra didáctica.

En tal libro mantiene una postura notablemente conservadora, que podría resumirse en esta frase que algunos de sus colaboradores le escucharon en alguna ocasión: «Cauchy podría entender fácilmente todo lo que se ha realizado en lo que va de siglo con el nombre de Análisis moderno, a menos que, aburrido del ropaje verbal de algunos matemáticos contemporáneos, decidiera regresar a su tumba a la media hora de escuchar».

De uno de sus últimos escritos publicados, copiamos estas opiniones sobre los trabajos en equipo: «De los innumerables problemas que nos van surgiendo, y que desgraciadamente no podemos abordar por falta de tiempo e incluso de resistencia orgánica, se han nutrido las numerosas tesis doctorales que hemos apadrinado y dirigido minuciosamente en los veintiséis años de antigüedad en la cátedra. Del intercambio de ideas con matemáticos nacionales y extranjeros, han surgido trabajos de unos y otros, incluso alguno en colaboración, pero de dos a lo sumo. Nunca, sin embargo, una auténtica labor de equipo.

Y permítasenos para terminar una modesta opinión personal: la sustitución de la escuela, de vieja tradición europea, por el equipo, si no es superficial y se queda en un simple cambio de nombres, será perjudicial a la larga para la ciencia pura. Una de las diferencias esenciales a nuestro juicio entre la escuela científica y el equipo es que, mientras en aquélla el maestro cede generosamente sus ideas, quedándose siempre en un desinteresado anónimo, el jefe del equipo suele firmar los trabajos en colaboración en los que, por desgracia, muchas veces se ha limitado a una revisión superficial. En resumen: en la escuela científica el maestro se sacrifica por los discípulos, y en el equipo al contrario».

Hemos querido reproducir estos párrafos que representan quizá nada más que una defensa autobiográfica, y que era innecesaria como pueden corroborar los muchos discípulos de San Juan que hoy son matemáticos o catedráticos bien conocidos: Rodríguez Sanjuán, Salinas, Gil Azpeitia, Viñas, Martínez Ugartermentería, Gutiérrez, Valdivia, Rodero Carrasco, Fuentes, Martínez Salas y otros que involuntariamente olvidaremos.

Al producirse esta irreparable pérdida de uno de los más destacados matemáticos españoles de nuestro tiempo, es lógico que re-

visemos nuestro inventario de matemáticos. Examinado con el máximo optimismo hemos de afirmar, que al más alto nivel de maestro investigador es muy reducido tal inventario, y que desde luego no basta con los buenos propósitos de algunas autoridades para mejorarlo.

Con aguda visión resume Lain en el siguiente párrafo («España como problema», pág. 560), la situación de la Matemática española hasta 1936: «Dos hombres sacaron a la Matemática española de la extrema penuria a que había llegado: Zoel García de Galdeano y Eduardo Torroja. De su magisterio directo e indirecto proceden Vegas, Alvarez Ude, Rey Pastor y después de éste, Rodríguez Bachiller, San Juan, Sixto Ríos, Ancochea, Flores y Santaló».

Pero sin que incurramos en la injusticia de menospreciar el mérito de generaciones precedentes, sino todo lo contrario, ya que consideramos que cada generación es hija de la anterior y consecuencia de su magisterio e influencia (1), nos atrevemos a afirmar que la generación que surgió en España por los años 30 con Ancochea y San Juan y fue reforzada en años posteriores con algunos otros notables valores, es tan esencialmente superior en calidad de investigación a todas las anteriores que justo sería calificarla, parafraseando a Ortega, como «la gema iridiscente de la España que pudo ser».

Es la generación de los que han dejado en segundo plano el cultivo de la erudición matemática, el dar conferencias de divulgación y la publicación de libros de texto para que resalte más que hacen lo que más especialmente necesita España: trabajos matemáticos de primera calidad publicados en Revistas internacionales del más alto nivel, que son citados, utilizados y reproducidos por otros matemáticos de talla mundial. Sin embargo, esta generación de nivel europeo, que constituye quizá el aspecto más significativo de nuestro modesto panorama científico general, es tan deficitaria en número, que serán necesarios muchos años y fuertes voluntades y estímulos eficaces para que se pueda hablar en el mundo del peso de la Matemática española.

(1) En consecuencia con estas ideas, la necrología de Rey Pastor, la titulamos: *Rey Pastor, maestro de matemáticos* («Rev. Matemát. Hisp.-Americana», 1962).

Al corregir las pruebas podemos agregar que el Pleno del Ayuntamiento de Madrid acordó (el 31-III-1970), por sugerencia nuestra, asignar los nombres de «Julio Rey Pastor» y «Ricardo San Juan» a las calles B y A del distrito Retiro-Mediodía, que desembocan en Reyes Magos, 15 y en Juan de Urbieto.

Esta breve biografía ha omitido intencionadamente las oposiciones, cruces y premios ganados por San Juan, los cargos en Comisiones o en Tribunales o Juntas de los que siempre huyó o pretendió eludir, pues no son necesarias esas menciones, que poco agregan en el caso de un Matemático de la categoría de don Ricardo San Juan Llosá, ejemplo magnífico de vida sacrificada en aras de la investigación matemática española.